HACIA LA MAR

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2023

Antonio caminaba en el pastizal del cementerio en las afueras del pueblo. Estaba lleno de nichos con lamparitas. Era la ruta corta. Abandonado después del temblor que arrojó a los muertos sobre unas damas que estaban rezando. Los cadáveres ya se habían librado de ese peso que trae la vida y ahora habían quedado enredados en las camándulas. Y como ya no tenían con quien conversar, sus huesos permanecían tranquilos recibiendo los vientos del sur.

<<Recuerdo que el enfado no duró mucho cuando vieron las joyas de los difuntos – pensó en voz alta, una costumbre peligrosa >>.

Antes había caminado por los manglares de Buenaventura cuando apenas era un hombre casado y se había hundido en el barro en San Antero en la época en que hablaba con la santa Virgen. Y las aguas oscuras del Golfo de Morrosquillo lo habían refrescado en esos días

calurosos. Y tuvo unos compañeros que eran degenerados y ladrones.

Vivía ahora en esas tierras montañosas de oídos sensibles a los mandatos de la gente con acento que llegaron de la península. Ya no le preocupaban sus diplomas y ahora solo quería sentir de vez en cuando el papel de algún libro.

Nunca había querido ser un títere. Aunque le gustaban las marionetas y esos pequeños teatrillos que simulan la vida de alguna de ellas. Había vivido medio siglo con algunos años de independencia y otros en donde se la pasaba dándole el parte mentiroso de sus andanzas a la gente. Eso los molestaba mucho a los titiriteros cuyas locuras iban hasta la de sacar el perro de la casa para estrenar uno nuevo. Decían que todo lo viejo siempre debería irse. Así se mantendría la reputación.

Así, Antonio andaba en los bosques sin intervención de notario que no tenían letrero sin faltas de ortografía. Avisos escritos de buena fe en una tabla vieja con amenaza de perros bravos o descargas de plomo que hacían alejar al más intrépido. Letras hechas con pintura negra más filosas que el machete.

Antonio había cumplido años la semana pasada y ahora sus músculos eran secos, aunque había levantado muchos sacos de yuca, su barba gris, su estómago pronunciado por la cerveza y algunos parásitos y su espalda empezaba a curvarse debido a esos vicios de la escritura con los crucigramas. Le gustaba escuchar las noticias en una radio y a veces leerlas en periódicos viejos que le regalaban los vecinos.

Algunas arrugas al lado de sus ojos albergaban algunos hongos y unas rayas en la frente y cerca de la boca hacían que la gente dijera que se parecía a su padre. Externamente. Las

consecuencias de no maquillar el tiempo y de hacer pocos gestos. Tal vez de no ir a los bazares que organizaban los domingos en el parque del pueblo. También le dolían las articulaciones porque la herencia lo puso a tomar remedios y había perdido poco la vista con la lectura de esas novelas Norteamericanas. No era calvo pero tenía la mitad de su pelo canoso. Eso gustaba mucho a las mujeres. También tenía unos manchones en la piel que parecían heridas de guerra.

Sabía que cuando caminaba en ese monte su mente se llenaba de pensamientos de la época en la mar. Por eso dejó de escuchar la radio con noticias acomodadas, intervenir en política con el carnicero de la plaza y se alejó de las religiones que lo perseguían golpeando su puerta y sonando su teléfono el domingo.

Tuvo salud siempre al anochecer cuando bajaba el calor. - ¡Lo importante! - le decía

a la gente que lo saludaba - es no juntar el hambre con el cansancio.

También dejó de hablar con los que él consideraba amigos de aventuras, a veces conocidos que daban consejos y nunca respondían por ellos. Hablaron mucho tiempo y ya los temas se repetían por falta de imaginación.

Fueron amigos hasta que lo visitaron y vieron sus cabras y sus chivos. Y los quesos que fabricaba y que guardaba en un viejo establo. Luego llegaron a considerarlo excéntrico porque lejos de su profesión, sembraba en ollas viejas algunas plantas para curarse las dolencias. O tal vez porque le jalaba la barba a algunos chivos para curarse la tos. Lo hizo de niño cuando vino el asma. También porque creía que las rejas y los candados reparados paraban a sus vecinos maleantes. Y porque utilizaba siempre ropa vieja cuando iba donde las damas del bombillo rojo

acompañado con el hombre que llevaba un gato en el hombro.

Durante la caminata ya fuera del cementerio, iba cambiando la vida de Antonio. Había entrado en el invierno sin darse cuenta. Esquivando muchas piedras. Se sentía como un huérfano de esos que les dicen y les aseguran que van a estar bien. Que las tierras de sus padres estaban en buenas manos.

<< Ahora que soy huérfano y mis hermanas se han ido de éste planeta en cualquiera de las dos direcciones posibles debo volver a la Mar – pensó >>.

Siguió caminando. Sus pensamientos cambiaron cuando encontró una tarjeta postal de 1979 botada en el suelo. Tenía bordes filosos que alcanzaron a cortar a Antonio. Ya se había alejado bastante del pueblo como para ir por yodo. Ya se había cortado muchas veces

cuando amolaba su cuchillo. La tarjeta la encontró en el barro que había dejado la lluvia del día anterior y que hacía patinar a los camiones con carga de verduras. Su destinataria había muerto de un síncope y él había asistido al velorio.

<< Buena mujer que como la mano invisible se aseguró que existiera siempre la comida, la manta y los zapatos con un par de camisas y pantalones y unos vestidos. Recordó Antonio con una sonrisa cuando pensaba en las muecas que hizo la hija. Siempre tuvo sed de estudiar y para evitar la sequedad de la cabeza bebía una gran cantidad de libros de la biblioteca local >>.

- Y la tarjeta, era lo único que quedó de sus cosas antes de ir al basurero – pensó. Era un sitio feroz e irracional. Los tres diplomas, el de primaria, el de bachiller y el de la universidad siguieron ese camino dentro de un costal. Los míos se llenan de polvo

recostados contra una pared. Esa linfa que tanto desee ya no está en la vena.

<< Su ropa exterior fue la única que se salvó – pensó tocándose la barbilla. La recogieron dos pobres viejecitas con los ojos llorosos a causa del humo de sus cigarrillos extranjeros. La regalaban a los desvalidos que visitaban unas monjas >>.

La postal la había escrito una hija ya envejecida que viajó a las tierras donde la muerte siempre tiene oficio y que por estar tan lejos, no vino al entierro. << Seguramente las palabras que contiene son las que le dieron el filo – pesó luego de guardar sus gafas en un estuche que llevaba en el cinturón >>. Siempre dijo y la conocieron por su buena reputación. << La gente del pueblo le decía ingeniera pero de ingenio tenía poco. Y eso a veces se necesita bastante. Lo decían porque comía mucha arepa rellena con mollejas de pollo – recordó las

palabras de un amigo >>. Solo escribió para reclamar su casa que más bien parecía un rancho, regalar unos pájaros que había dentro de unas jaulas a los que les gustaba entonar melodías o insultar a la gente que llegaba de visita y vender una tierra al final de la cuadra donde estaban sembrados unos limones que la difunta cuidaba todos los días. Daba la impresión que era eso lo que la mantenía con vida. Pero la fiebre que trajeron los mosquitos no la perdonó. Le quitó todo.

- La postal viene escrita de un país con la misma gente de costumbres que acá pero con diferente acento. Una gente que fue sumisa y dependiente – dijo Antonio a los dos perros que iban con él, a esos que si merecen la confianza de sus palabras - A eso se le daba mucho valor en aquellos días. Ser obediente. Me acuerdo de la mujer que llego de México y botó al aseo unas

cortinas. Las demás vecinas se peleaban por esos trapos. Creo que querían olvidar la inferioridad con la que habían vivido y a la que se habían sometido.

- Hoy todos los del pueblo recuerdan los tacones y los cuadernos que pedía la difunta- le dijo a los perros cuando les daba de beber agua de una cantimplora

<< Ya en vísperas de su muerte. Para ir a esos bailes de orquesta que dejó de ir y viajar. Lo que quiso en juventud. Dijo que las velas del alumbrado de la calle la iban a guiar. Así saldría de la media luz en que había estado >>.

<< Había tenido unas aventuras e hizo lo que el dinero le permitió – pensó Antonio – Es difícil purgar las ideas que se graban a la fuerza en la infancia, O saber cómo utilizar las morrocotas de oro que le dejaron de herencia. Recuerdo que solo le decía a la gene que le hablaba

mientras recostaba los pies en la pared, sobre la constancia, la entereza y el por qué no hay que dar el brazo a torcer >>.

- ¡Arreglar el motor de un tanque cuando la guerra ya empezó es algo riesgoso! – gritó Antonio recordando cuando lo arrojaron con paracaídas desde un avión cargando un fusil y una maleta con ración de campaña - ¡Ya deben terminar esas vacaciones extraordinarias! – murmuró colocando las manos sobre su cabeza - ¡No voy a dejar que llegue la vejez y no volver a la Mar! ¡Oigan todos los del pastizal!

Pero para la gente de ese pueblo cercano al pastizal lleno de hermosas lápidas de gente que no le dio importancia a la trascendencia, la síntesis de una vida como la de Antonio, la hicieron el día que se salió de misa renegando del cura por incitar al temor. Aunque para esos

feligreses, siempre les fue indiferente y lo miraban con desprecio.

Le huía a la vejez que le había llegado silenciosamente y quería volver a la lectura de esos libros sobre la Mar que le habían revuelto la cabeza. No quería dejar de ser lo que fue. Algo así como lo que le pasó al guerrero de la Mancha.

Y a medida que se alejaba con la idea de volverse un pescador de caña y canoa, recordaba cómo había sido el pueblo de Cartagena cuando lo conoció. Fue en su juventud. Recordó lo que hizo en Bazurto, lo que no hizo en Bocagrande y lo que quedó pendiente en esas playas de olas salvajes. También recordó su época en la escuela naval y de la de cuando se sumergía en esas aguas azules con un arpón.

<< Antonio, yo, he sido un hombre extraordinario – pensó para sí – pero me confunden esos sitos ahora inexistentes que solo quedaron encerrados en el tiempo de mi memoria. Y de las cosas que quedaron y funcionaron de las ideas de aquellas épocas fue ese techo donde arrojó cactus y suculentas para hacer los días un poco más frescos >>.

- ¡Nada de mi historia personal ha comenzado con calma! – gritó Antonio a una gene que lo saludaba de lejos del pueblo - Yo le gusto a mucha gente. Siempre ha sido así. Mi búsqueda de una mejor existencia si ha asustado a muchos. Tal vez porque no tengo ese extraño interés por las cosas. Y tal vez porque sé que no le agradaré siempre a la gente.

Algunos viejos que estaban en la parte de atrás de la iglesia curtidos con la experiencia de la vida le dijeron, antes de que se fuera, que ya

Cartagena no era igual. No podría reconocerla. Tampoco lo sería el pueblo en que vivía ahora si quería volver alguna vez. Porque todo lo que se deja cambia y se transforma.

Pero Antonio sabía que ese pueblo tenía un efecto desmoralizador en muchos que se negaban a abandonarlo. Tal vez porque permitía una vida sin angustias ni necesidades. Habitado por gente con pensamientos nocturnos de los que creían y le decían a Antonio que cambiar de ciudad era variar el entretenimiento de los mismos problemas diarios. Comida y techo y algo de agua y los impuestos que siempre acompañan a cualquiera. Era lo que todo hombre merecía. Y la pensión de los padres. Y que para cambiar necesitaría comprar un bote y desempolvar las cañas. Tambien un nuevo nailon que lo atara bien a esa nueva ciudad.

Para ellos era mejor arrojar una piedra a un avispero y correr que arriesgarse a ser picado. No querían vivir recogiendo los mangos del camino. Solo querían estar quemando pólvora en las fiestas de diciembre y llenando de luces un árbol falso aunque ya no les fuera la gente en esas celebraciones.

- Es otra gente la que va a encontrar, más concreto. Menos pescado y la Mar de la hermosa Cartagena, golpeada por extraños de otros sitios – dijeron los viejos que le habían cogido cariño a Antonio – Esa vida pasada ha quedado destruida y pulverizada. Necesita una nueva porque a la Mar la trataron con una muñeca de trapo en manos de una niña. Como lo que va sin destino. Acuérdese de su revolver y el azote que le dio el salitral en Riohacha. Y cuando necesitó disparar a esos atracadores de caminos ya no funcionó.

<< Algo que no soluciona el machete con su filo como en el matorral o la carabina cuando a lo lejos se ve la aleta de un tiburón – pensó Antonio - Allí donde siempre está la ilusión que la culebra no está y que el aguamala lo dejará dormir con tranquilidad. O donde se desea encontrar aguas menos turbias. Pero no puedo rezar o maldecir por ese tiempo costero que una vez fue mi alegría. Que quiero que vuelva a serlo. Al menos en lo que falta para el gran viaje. Es posible que en el agua no necesite tantos permisos como en tierra >>.

Y Antonio había tomado desde hace mucho la decisión de cambiar la bebida del aguardiente por el ron Cartagenero. Ahí tenía su vida en sus manos. Nuevamente. Y volverse un hipócrita porque amaba sinceramente el guarapo de caña y el pescado frito era lo que venía. Ese poder que da sobre los demás, muy parecido a las

palabras de cariño del muchacho que ha tenido muchas novias, la hiena.

<< Trataré de usar la sombra de los árboles –pensó. Ya quedan pocos. El sol ataca la cabeza como una Barracuda hambrienta. Ni el sombrero puede pararlo. Después hay que calmarla con aspirinas y algunos soplos de esos vientos fríos artificiales >>.

Y a veces se detenía a ver los avisperos que colgaban. Creía que eran pegados a las ramas con resina. Si había suerte se vería algún halcón comiendo avispas. Y siempre le daba la impresión que para un animal venenoso había otro peor. Como los abogados y su alquitrán.

A medida que avanzaba iba cruzándose con gente que afirmaba que habían mal logrado su vida. Antonio lo veía en la forma de arrastrar los zapatos. Gente que siempre ha querido estar bien atendida. De los que quieren cambiarse el

nombre para enredar el orden de las cosas del hombre del registro.

Hombres y mujeres que siempre quieren estar en el mismo camino hacia el pueblo que han conocido toda su vida. A estar en la misma casa. El único refugio que les da felicidad. Así pueden mostrar solo la belleza y utilizar la pintura para tapar. Un camino estrecho para gente como Antonio.

<< Esto de mirar para arriba lo hago desde niño. No sé por qué – volvió a pensar >>.

Lo acompañaban siempre dos perros. Iban y venían cuidando los pollos de diciembre de los ladrones nocturnos y de los gavilanes. Y de paso miraban lo que hacía Antonio. Y él sabía que por ladrar dos veces la gente ya los consideraba perros bravos.

- Parece que no han desenterrado alguna yuca ni tumbado un manojo de plátanos ni

han lanzado la atarraya - les dijo en voz alta. Los perros lo miraron – Todavía comer yuca no es cosa de salvajes. Y si fuera un salvaje podría andar yendo y viniendo por todo lado. Bañándome en los ríos y orinando en la pata de los árboles.

<< Siempre han sido tiempos de ladrones. Y de limosneros. Y de avivatos. Delincuentes que siempre se la pasan escupiendo – pensó Antonio. Yo he sido solo. He vivido solo y he aprendido a estar solo. Y así tendré que enfrentar a los facinerosos que me encuentre. Amigos y enemigos >>.

Pero en esa época cuando empezó a producir comida, había enterrado la malla del gallinero en el suelo y reforzó el techo con unas tablas y unas piedras. La misma técnica que empleó con su persona.

<< Hoy con el sol en mi espalda voy a avanzar hacia la Mar. Prefiero morir caminando y seguir ignorando los secretos de la gente. A cumplir la historia que me he inventado todos estos años. Así como esos tábanos que vuelan rondando el gallinero que siempre quieren su parte sin importar quién es la gente y cuál es su aspecto. Insectos que nunca se llenan de melancolía por un pasado remoto – pensó mirando vagamente el camino >>.

Siguió caminando porque sabía que iba a llover. Llovía mucho en esas tierras y los resaltos del camino se ponían cada vez más resbalosos.

<< También estas garrapatas se me prenden al pantalón. Nunca van a tener éxito. Por eso viven en el pasto al borde de la carretera. Voy a frotarme más queroseno en la ropa. O si no tabaco en alcohol para desprenderlas – pensó mientras se arreglaba el cinturón >>.

- ¡Mamá, alma bendita! – dijo en voz alta – Ella me dio la fórmula. La terapéutica casera. Todavía recuerdo cuándo nos sentábamos a leer sobre esa roca esos libros viejos y las cartillas para escribir legible. Y veíamos pasar a esas mujeres que traían un hijo al mundo cada año. Y más yo quería aprender a leer y escribir. Y quería practicar otro oficio.

Antonio pasó a media jornada de camino en dirección al norte, sobre el puente en el río de aguas grises. El que olía a feo después del tubo. Saludó al hombre que quitaba las escamas a unos pescados que había sacado de esas aguas y que luego vendería como de alta calidad y al anciano que mostraba su pierna con enfermedad. Ese viejo que también se envolvía la cabeza con un trapo para curar la escalabrada que había sufrido de niño. Era gente que trabajaba. Aprendieron estos oficios desde

jóvenes. Asumían que el mundo era una escuela de enseñanza primaria.

También saludó a la anciana que llevaba cargando un perro y una pechuga de pollo sin cuero en una bolsa. Había sido restaurantera. -Era la mamá de Nita, la amiga de muchos caballeros y que tenía la maña de no pagar sus bebidas ni el cuarto de su posada -. Y a los muchachos que estaban fumando alcaloides al otro lado del puente que solo lo miraron y no supieron quién era. Eran gente moderna que valoraba la argamasa.

<< Se sienta mucha gente en el borde de los puentes - pensó. Hasta esa muchachona que se casó diez años con un anciano esperando una herencia. Supongo que fue un trabajo duro y un dinero bien merecido. Y aquel hombre calvo que creía fue criado con leche entera para vivir de sus pensamientos, de sus estafas con los ladrillos y de los dineros que enviaba el

gobierno. Un mártir que la bebida lo hacía mirar para el lado de los caballeros >>.

Los hombres del puente notaron que Antonio usaba la misma ropa que le habían visto durante quince años y llevaba una mochila indígena de pelaje de ovejo a cada lado de su cintura. No eran mochilas falsificadas. Así se usan en la Sierra Nevada. La misma ropa hasta que no se pudiera remendar y la mochila sin lavar para que gane valor con el tiempo. Era una forma de vivir cómodamente y ahorrar.

- En esa posición las mochilas no son incomodas de llevar como las de fique que tallan las clavículas – dijeron los hombres que habían visto a muchos campesinos pasar – Debería regalárnoslas con lo que está dentro. Nos alegraría este mediodía.
- Aquí solo llevo hilo y botones. Y unas agujas – dijo Antonio. Es mejor que no sepan que

guardo en su interior una billetera vertical de cuero negro y un monedero de cuero marrón traído de las tierras del café. Solo hay monedas en esos cueros.

<< También un cuchillo y un llavero – pensó mirando al suelo y haciendo un esfuerzo por no contestarles. Yo creo que estos jóvenes no se ponían contentos de ir al colegio. Tal vez porque la cerca de alambre de púas les recordaba los muros de una cárcel o no querían aficionarse a las artes religiosas >>.

- Sé que están cómodos ahí sobre esos bultos de aserrín y no voy a quitarles más tiempo – les dijo – además deben hacerse atender esa alergia que les está apareciendo en la cara.

Antonio siguió su camino. Dejó que las moscas indecisas que volaban sobre los hombres hicieran lo suyo. Pretender tener amistad con

ellos es valorar la espuma sobre la cerveza. Y como le dijo el capitán Jara en el ejercito: "al son que me toquen yo bailo".

En su mano derecha cargaba, atados con cabuya, dos cartones con huevos. Gallinas alimentadas con hojas del monte y animales de la tierra. Esos huevos con doble yema se los habían regalado los vecinos, sus padrinos, porque no se podían vender y ocupaban sitio en el camión. También porque el chofer no era cuidadoso con los huecos de la vía. O porque tenían tanto excremento de gallina encima que los regalaban a los asilos de gamines de la ciudad. Creían que un microbio o gusano más en sus estómagos no los afectaría.

En la mano izquierda llevaba una plástica de gaseosa llena de leche. Entera y espumosa se dejaba ver el líquido blanco mientras se agitaba en la malla de tela. Se la dieron sus otros vecinos porque esas vacas habían sido

alimentadas con tapetes de maíz. Antonio les había traído el método cuando viajo al extranjero. Así garantizaban que a ahijado Antonio no se le rompieran los huesos durante el viaje. Ni un garrotazo podría astillarlos. Solo la hamaca podría sentir el peso de su esqueleto en las noches.

Antonio daba pasos largos aunque llevaba cotizas. Caminaba como el hombre que no tiene suegra, madre o cuñadas y no quiere echar de menos a alguien. Las alpargatas las habían hecho con la llanta vieja del camión de su tía. Sus zapatos se los habían robado unos vecinos que venían de la ciudad. Los habían tirado a una cuerda de teléfonos donde quedaron enredados. Decían que era una señal. Pero hubo un tiempo en que Antonio caminó descalzo.

Pasaba muchos días fuera de su casa sin volverse loco. Tampoco conoció las medias tal

y como le pasa a mucha gente. Y aunque algunas piedras alcanzaban a cortar los lados de sus pies, seguía caminando con su sombrero de alas rotas. Él no era del campo y entendía que no tenía ninguna cuerda atada a sus pies. Y que con lo que hacía no sacrificaba nada,

<< Tengo sed y no tengo dinero. Ahora soy casi viejo y de mis pensamientos solo quedan esas garras que pasan por mi frente – pensó Antonio – He bebido repetidamente de este calabazo que llevo colgado del cuello. El corcho deja escapar el olor a alcohol lo que es posible que ya se esté acabando. Es un guarapo estupendo. Me mantiene fresco en días calurosos. Recuerdo que lo aprendí a preparar cuando cortaba caña. Y si me gusta es que todavía estoy vivo >>.

<< De las tantas cosas que he hecho. Como ya he desayunado unos tamales, para el almuerzo voy a dejar los ayacos de mazorca >> - pensó.

- ¡Este aceite que sueltan los ayacos anima el corazón! Como el amor inocente de juventud – le gritó a unas mulas que estaban en un potrero. Esos animales son muy reservados y se mantienen las cosas adentro. Se salvan del manicomio del que sus dueños no pudieron al saber cosas de sus mujeres -. También las dos galletas de panela me darán el ánimo para los 16 kilómetros que debo recorrer de día. Es un camino de 34 días a la Mar. Si todavía recuerdo la aritmética de la escuela.

Allá ya no vería los días de lluvias inesperadas ni como el viento agitaba fuerte los techos de latón de las casas de la gente. Ni tendría la suerte que tienen los vidrios con el granizo de la capital. Ni la rabia de la mujer que invitaba con mala intención a Antonio a tomar café en esa época en que el sorbía solo chocolate. Pero sabía que en la tierra al borde de la Mar

los niños ya no eran inocentes. Lo leyó en un periódico donde venía envuelto un pescado. Eran semillas moribundas dentro de un inmenso bosque lleno de espinas. Semillas que a veces solo tienen el agua de la lluvia y a esa es a la que le dan valor. La tierra muchas veces se la lleva el viento.

<< Allá con la gente que vive cerca de la Mar poco interés hay por la carne – pensó. Da igual el corte crudo o bien cocido. Desde que sea un corte de carne delgado, con hueso y grasa para el sabor, está bien. Comen más días porque la carne se deforma más. Y el temor de botarlos al suelo de tierra y no a los carbones al rojo hace que pongan un trapo mojado bajo la tabla de madera. Luego deslizan el cuchillo mejor que un atracador. Con más eficiencia con la que los condimentos opacan el sabor de la carne o la brocha aceitosa que evita que se seque. Pero la carne solo existe si no se han empobrecido >>.

- Aquí en estas tierras de montaña la gente evita perder el filo parejo de sus cuchillos – les dijo a sus perros, Bartolomeo y Filipo – con el ácido del limón y la grasa de la Panceta se daña hasta la mejor macheta. ¡Oigan ustedes dos!... todo está en la cerveza y en la caramelización de la carne. Y en dónde uno ubica lo que se va a comer. Recuerden lo que nos pasó por no colocar las mazorcas en la periferia del asador. Nos tomamos toda la cerveza y no calmamos los carbones.

Antonio y los dos perros llegaron a la parada del bus. Escucharon el motor que se acercaba. Venía de la capital con poca gente. El que venía de la costa estaba lleno. Así ocurría desde hace tiempo. Traía muchas veces hijos ilegítimos que llegaban después de las ferias y los bailes de carnaval.

Se montaron y el bus arrancó y frenó y volvió a arrancar. Esa maña de los choferes para tumbarle a la gente los dientes.

El olor perfumado del baño se esparció por todo el bus. Pero a los perros que habían sido ya destetados de sus madres no les importó.

<< Mucha gente cambia de ciudad como los noviazgos que se hacen sin amor – pensó – Y cuando no le pone uno atención al sitio de donde uno viene se puede volver a vivir >>.

Los golpes de la cabeza de Antonio contra el vidrio del bus lo hicieron recordar la primera vez que salió de la casa.

- ¡Levántese hijo de la gran puta! – dijo aquel día su madre metiendo una escoba por la ventana de la pieza – Aquí no quiero vagos.

Después utilizó un cuchillo y terminó sacándolo a la calle. Igual que los botes se sacan en la playa y se les da vuelta para que las olas no

hagan lo suyo. Ella fue una aseadora muy hermosa en el hospital de Montería hasta que le partió una botella en la cabeza a uno de sus maridos.

<< Me tocó enterrarla boca abajo. Le temía a ese genio endemoniado – recordó Antonio – Ninguno de sus maridos apareció para pagar el entierro. Solo sé que vaciaron la habitación que estaba llena de papel higiénico y unas escobas cuando ella estaba en agonía en el hospital. También se llevaron unas escrituras y la cafetera que le regaló uno de sus esposos. El marido rico que siempre soñó. Un noble joven de pueblo. Él tampoco llegó a cargar el cajón la media cuadra desde la funeraria al cementerio pero si lo vieron derramando la última lágrima en la cantina. O de pronto yo no los reconocí entre la poca gente que fue. La viejera cambia la gente y el temor de ser el siguiente >>.

Luego vio por la ventana del bus el barranco donde se rodó el camión de un amigo. El que le regalaba caramelos y masmelos y una vez unas alpargatas de suela de llanta de camión. El que le dio empleo a los 13 años. Fue el de ayudante de carga en viajes a la Costa. A Riohacha. Pero un día había encontrado una botella de Brandy detrás del asiento del camión y borracho olvidó colocar las piedras en las llantas de atrás. Quería demostrar algo que no sabía que era. Tuvo que volver a huir. Tendría que probar su hombría de otra forma.

<< El dueño del camión era tu amigo, Antonio, eras muy confiado. Un alepruz. Él tenía 70 años. No pensaba en morirse y decía que tenía vida para 30 años más. Bachiller y había presentado el examen estatal. Creía que nueve meses era lo que duraba un año del cuerpo de la gente. Él te regaló dos libros sobre la mar. Sobre la gente que caminaba bajo el agua

salada y sobre los animales sin huesos que lo habitaban. Te prestó los libros de la química y los de las rocas de los volcanes. Él era de esa gente extraña que sabe mucho y no tiene diploma. Los que saben leer y compran libros de segunda >>.

- ¡Que extraño era! – dijo Antonio en voz baja – Una vez le dijo a una mujer que acaba de ir a un matrimonio que su salud iba prosperando pero que no había entendido que al final de la vida no se necesitan muchas cosas aunque las que se tengan sean magníficas.

La mujer quedó confundida. Dijeron que no supo que decir. Solo que su cara mostró las sombras de sus pensamientos y un cansancio que había estado oculto mucho tiempo.

- Es curioso como la vista de algunos árboles y el olor que entra al bus hacen recordar –

dijo Antonio a sus perros que llevaban sendas pañoletas de colorines fuertes – Seguramente ustedes también se acuerdan del primero al que le mordieron los zapatos. Yo recuerdo el día en que me quedé sin mis adornos. Del que me compró esos diplomas para anotar su nombre. ¿Seré yo el más estúpido y aquel hombre el de mayor fe? No. Yo arranqué una cosa para sembrar otra.

<< Extraño a mi amigo. Un amigo viejo. Ya murió dijo un periódico de Valledupar. La sociedad de camioneros había publicado el aviso. Tal vez me perdonó por lo del camión. O no me hubiera dicho nada y yo tampoco le hubiera preguntado. Muchas veces los amigos no necesitan decirse nada. Nada es mejor. Y él conseguiría otro camión y volveríamos a viajar juntos. Yo le ayudaría a pagarlo. Me hubiera enseñado a hablar sobre temas que no he

vivido. De esos que escriben en los libros para que alguien logre experiencia sin vivirla. Decía que los libros recogen las vidas de mucha gente y que es la única forma de lograr la eternidad, mejor que el nombre en la roca de la lápida. O me hubiera narrado sus historias, las que sus hijos no quisieron escuchar. Y yo lo hubiera abrazado y lo querría como un padre >>.

El bus siguió avanzando. Agradeció a sus amigos que le enseñaron un oficio. La época en que vivió en el pueblo. Fueron épocas difíciles fuera de la Mar y porque no se conseguían buenos zapatos ni botas. Antonio había aprendido con esa gente a quitarle el mugre al agua. Para no ir a la pata del agua dulce más adentro en la montaña. Y a utilizar la farmacia de la selva sin alborotar los avisperos y las hormigas. Era la magia de la química en su esplendor. Algo para evitar perder los dientes por el hambre.

- ¡A la burra de don Chepe! Sin agua no podemos vivir a donde vamos – dijo Antonio - Tampoco sin árboles de Mango o de Almendro o Trupillos. ¡Y que decir del plátano que siempre ayuda cuando no hay comida en la Mar! Las harinas de los siete granos son benditas. Y si hay suerte se pueden disolver en una botella con leche de vaca.

<< Los peces en ese acuario me enseñaron mucho. Más problemas y dificultades a cada nada. Como darle las manos a un policía – pensó para pensar en otra cosa que no acortara la vida ni mal lograra el corazón - Las dificultades con el agua dulce al vivir junto a la salada Mar. Siempre hay que calentarla porque los parásitos son cada vez más osados. Y conocí en ese pueblo la falta de libros para aprender sobre peces y acuarios. Algunas veces faltó la medicina y la comida y los repuestos de

las bombas que traían del extranjero. También aprendí a perseguir ladrones y a afrijolarles una pedrada en la cabeza. O a defenderme con las llaves entre los dedos. Y a colocar tejas de barro sobre la pecera para retener el agua y no agacharse a llenar un balde. Ese anhelo mentiroso no me advirtió la dificultad de la costa. Por eso la cosa en simple, la pobreza disminuye hacia el interior de la montaña. Vas en sentido opuesto. Pero con trabajo pescando allá no habrá enfermedades >>.

<<El tiempo con el que se cuenta, si se llega a saber, parece que no es mucho – pensó – Así lo entiende la gente que vive en la calle. También el loco que deambula con un plato en la mano. O el hombre sentado en una tabla junto a la mar que le sangra la nariz en las mañanas y mira de vez en cuando el reloj con forma de timón de bote que tiene colgado un puesto de jugos. Ellos aseguran que transmiten

experiencias como el hombre que vende las tiras de mango en bolsas. Cada uno le hecha la sal que quiere a la vida. Y las oportunidades en cuanto al tiempo son pocas. Sobre todo para mí. A veces malas. Pero como la paloma que bebe el agua que escurre de la máquina del aire frio hay que aprovechar el instante. O terminaremos como el hielo que se descongela dentro de una nevera. Teniendo una existencia insignificante >>.

- Amontoné muchas ideas en mi vida – dijo a sus perros – Muchas mueren con el corte de las uñas y otras huelen a ratas cocidas. Porque la mente se vuelve como una tienda de ropa y a veces otros ayudan a que eso pase. Una camisa encima de otra y algunas empacadas que ni el polvo les entra. Y unas se imponen sobre otras parecido al caso de esos dos pescadores que salieron y solo regresó uno.

- ¡Deja de llorar Antonio! No te entró agua de la mar en los ojos. Ya no vas a flotar en la tranquila mar ni miraras las nubes moverse. ¡Quieres tormentas! ¡Deseas que el oleaje te mande contra las piedras! ¡Quieres vivir! ¡Sí, vivir! – dijo con una expresión de felicidad - ¡Solo mi mente en la mar! Todavía tengo la barba negra.

<< El bus avanza en la vía llena de huecos – pensó – Y aquellas gallinas salen a comer por el hueco de la reja. Mejores lombrices bajo el platanal. ¡Y el bus a la mar y las gallinas a la olla! Y el hombre sentado al lado se seguirá limpiando la boca cada vez que me habla sobre esas moscas curiosas que se quedaron pegadas en el pegamento para ratas. Voy a apoyar la cabeza al lado del asiento a ver si me quedo dormido en esa postura. >>.

- Ya no más calendarios – dijo – Ni saber qué día es y qué fecha será. Eso es veneno. Le da valor al enemigo que crea la mente y se termina haciendo lo de la vieja chismosa que le importa más lo del vecino. Esa que decía que de tanto mirar se le habían debilitado los ojos y que ni lagrimas le salían. No dejaba a nadie proseguir su camino sin antes confesarlo.

<< Cada uno tiene su ballena blanca – pensó - ¿Y no es la obsesión el picante que necesito? Seria propia. Yo sería mi propio embaucador. Yo mismo quise ser una mandarina en una bolsa de malla. Menos mal no soy como pinocho sentado donde va el borrador del lápiz. Solo hay que dejar entrar la luz y dejar que una pequeña lámpara ilumine día y noche. Son escaleras de piedra en donde uno no debe caerse. Hay que ser de costumbres ordenadas y tranquilas >>.

Dentro de la bolsa que llevaba Antonio iba un barco de madera. Tenía una inscripción en su casco: "un día más en la mar". Se lo vendió un muchacho que creía que el pensar extraviaba la suerte o esta se iba hacia el vendedor de dulces que golpeaba con una tapa de olla un platón plástico en ese pueblo junto a la carretera. A lo lejos unas bandadas de pericos anunciaban el atardecer. La mar se veía a lo lejos y la brisa de la Sierra movía algunas hojas de los árboles. También dos indígenas vestidos de blanco y con botas de caucho bajo el brazo veían pasar el bus. Lo hizo después un hombre que llevaba unas yucas al hombro junto a otro que llevaba los cocos de la palma del aceite. Así el bus pasó junto a la motocicleta que llevaba cinco pasajeros y adelantó unos niños que pretendían cruzar la vía hacia la escuela. Estaban llenos de ánimo.

<< Lo vas a intentar otra vez – pensó – La primera salió bien pero después todo cambió. Eres como el perro que se traslada hacia la carreta que trae el arroz con pescado y lentejas. Sabes que allá el agua es mala. Y a veces no hay. Y no le puedes pedir a la mar. La vida es cara >>.

- Pero ya pensaste en eso – dijo – Escribiste varios cuadernos buscando la solución.

<< Mejor piensa en el barco y en esas cañas con cebo. Necesitas algunos cabos y tienes que ventilar por la escotilla tus libros. Debes volver a matar para comer. Te gusta el Pargo y la Sierra. También recuerda el combustible porque ya no vas a conseguir barcos de madera. Y tú serás el que mueva el timón, guarde el ancla y active la bomba. Tendrás un tripulante que acomode las provisiones. Un zorro marinero >>.

- Volveré a usar la mochila y a dormir en litera y vivirás en la mitad en un sencillo edificio de tres pisos – dijo a sus perros – Y a usar chancletas con poca ropa mientras miro por la barandilla de la embarcación. Esa fantasía evita que recuerde cómo es la ciudad y lo que pasa en el malecón.

<< Volveré a ver gente con las cervezas al hombro – pensó – Hombres y mujeres agitando el etílico fermento en dirección a la playa. Como un casco roto. Entre semana. El domingo y el festivo es para los nativos. Solo hay que respirar el aire de la mar y esperar que la piel retome su color. Luego miraré por los espejos de popa las olas que van en diagonal. Verdes y azules y al final blancas. Luego lo que trae el rio >>.

- Mucha gente no se baña en la mar. Ni dejan que las olas lo empujen y llenen sus

calzones de arena. Tampoco flotan – dijo – Solo chancletean y manotean en la arena y aseguran que son valientes. Y ustedes le ladrarían a los locos. A los verdaderos. Los que conocen las profundidades. Aquellos que duermen en carpas rodeados de perros de la calle. Luego estaríamos todos frescos y llevaríamos las cosas con calma. Nos bañaríamos en la mar a las seis. También pescaríamos. Miraríamos acostados en la playa la única estrella que hay en el cielo. Un día más en la mar. ¿No todos quieren eso?